

Palabras como balas para la última trinchera de los indios mexicanos.

“Todos los maestros, todos los hombres que giran esta tierra americana y quieren la justicia, deberían leer *La última trinchera*”. Así escrito por un gran novelista mexicano, pero sobre todo, está escrito por un hombre de bien, hondamente inquieto por el porvenir, la educación, la integración de los indios mexicanos a la civilización de Occidente. Bajo la forma de reportaje vivaz, esufo y ardiente, él acerca a un público más vasto la obra de un admirable organizador, el luchero Nacional Indigenista; la obra de uno de los más tesoreros, lúcidos y críticos antropólogos mexicanos, Ricardo Pozas, el hombre que más conoce los problemas de los indios de Chiapas y que con un sentido más próximo de la justicia social ha contribuido a esta larga lucha en favor de los indios. Pero al mismo tiempo el libro de Fernando Benítez es una querenciosa acta de acusación contra la pasividad gubernamental en la materia, contra la utilización del indígena por los terratenientes, contra la actitud regresiva del clero aliado a los propietarios, contra el embotamiento alcohólico del indio, gran negocio de los negociantes. El autor mide con ojo despejado y dolorido una realidad. Tal como antes en la Tarahumara, ahora en Chiapas, en el área del Centro Coordinador del I. N. I. vio la degradación y el arrinconamiento de los indios, rechazados de sus tierras, de sus bosques, tregados en las montañas; pero vio también la obra tesonera

de decenas de hombres que se esfuerzan por educarlos, por salvarlos del alcohol, del patrón, de la esclavitud, de la destrucción interesada por parte de los propietarios.

“Los echaron de sus colles, les arrebataron sus tierras y buscaron un refugio en las montañas inaccesibles. Los mexicanos caminaron a llevarlos a descubrirlos. Allí están atarrados a sus peñascos, colgados de las barrancas que ya no los defienden de los intrusos, viviendo en las cuevas y en el interior de los pinacres que se han repartido los políticos y los compañías madereras. Allí están —espectros, fantasmas de un pasado indefinible—, entre otras razones porque ya no pueden retroceder, ni buscarse otro refugio. La montaña es su última trinchera, su morada natural... Un testimonio sobre esa realidad no puede ser imparcial, ni objetivo, ni condescendiente. Desde su última trinchera, los indios se defienden, y yo estoy con ellos lamentando que los letrados no tengan la eficacia de las armas”.

Pero no están solos. Están los maestros indígenas del I. N. I., están los ingenieros, como ese alemán Von Raessfeld que reconquistó su derecho a ser un hombre y no más un hijo de papá, entregando su vida a la heroica defensa del indio; está el recuerdo de quien fuera su gran protector histórico, y que ilustra esta anécdota. En 1930 unos indios visitaron al cura de la región para pe-

dirle autorización para construir una capilla: “¿Y en qué santo patrón han pensado ustedes?” “Hemos pensado en San Lázaro. San Lázaro es el patrón que nos ha dado nuestras tierras. San Lázaro Cárdenas”.

Un libro vívido que se toca como un hombre, que sufre y llora como un hombre y también clama y se desespera como un hombre, y como tal piensa y busca comprender a estos seres, —162,000 indios totobales y triebales— arrinconados en las montañas de Chiapas. No sirven para nada, son supersticiosos, alcoholistas, brutales, ignorantes, y así sigue el rosario que les han colgado a estos indios aquellos interesados en que sigan siendo supersticiosos, alcoholistas e ignorantes, aquellos que destruyen las escuelas, envían a la cárcel a los que protestan, les niegan el salario y los oprimean.

A estas acusaciones Benítez contesta contando historias verdaderas, de las que se confíez mereo taquígrafo. Hay que leer la de Fidencio Montes, zapoteco, subdirector de Educación de “La Cabaña”, que cuenta maradamente sus sesenta años de luchas para salvarse y salvar a los de su raza, y hay que leer las tres historias de baldíos con que se cierra el libro —Agapito Nuñez Tom, el que edifica la escuela que los indios llamarán “Libertad”, Marcelo Santís López que construye el barrio “Independencia” • Pedro Jiménez Girón a quien debería llamarse San Bueno— para saber entonces dos cosas incl-

vidables: que esos indios son hombres, tan capaces como cualquier hombre puesto en circunstancias favorables, y que la degradación y embotamiento que sufren es directa consecuencia de un régimen socio-económico que debe destruirse hasta que de él no quede ni el recuerdo.

“Pasión por la verdad” la de Fernando Benítez, y también pasión por la justicia, que hacen que este libro, como el anterior *Vieja a la Tarahumara*, sean los testimonios de un nuevo, rebelde espíritu americano.

A. R.

★ FERNANDO BENÍTEZ: LA ULTIMA TRINCHERA. México, Era, 1963. 143 ps.